11.12.2006 | Clarin.com | El Mundo

LA DICTADURA CHILENA | OPINION

Sin condena, pero repudiado por la opinión pública

IMPRIMIR

Manuel A. Garretón*

Quizá lo único a lamentar en la muerte, en el día de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, de uno de los más grandes criminales militares y políticos de la historia de América latina, es que dicha muerte haya llegado **antes de las condenas que lo hubieran confinado a morir en la cárcel**, antes que se haya completado la verdad y que se haya hecho justicia. Al menos, muere procesado por la Justicia chilena, en prisión domiciliaria apenas levantada por su estado de salud, tanto por sus crímenes de lesa humanidad como por sus robos al Estado de Chile y condenado unánimemente por la opinión pública y las autoridades de todo el mundo. De modo que no pasa a la historia impunemente, aunque muy lejos de recibir todos los castigos que merecía.

No sólo Augusto Pinochet escribió la peor página de la historia de Chile y no sólo se manchó las manos y manchó a las Fuerzas Armadas con la sangre de miles de sus compatriotas. Destruyó las vidas de varias generaciones de chilenos y dejó al país marcado con el **sello de la división quién sabe por cuántas décadas**. En los pocos casos que sus partidarios reconocieron algunos "excesos", se les justificó o compensó con la gran mentira que había emprendido un proceso de modernización de Chile.

Todos y cada uno de los indicadores muestran exactamente lo contrario: bajo la dictadura de Pinochet, **el país alcanzó los más bajos niveles de desarrollo y los más altos de pobreza**, desempleo, desigualdad y corrupción y todas las instituciones que se habían difícilmente conquistado en las décadas antes del golpe militar de 1973 fueron desmanteladas a sangre y fuego. El país ha vuelto a modernizarse y democratizarse sólo después del término de la dictadura.

Una lección, una aprensión y una esperanza abiertas por esta muerte. La lección es que la justicia respecto de los crímenes de lesa humanidad debe hacerse con la mayor celeridad y nunca esperando que el tiempo los cubra con la implícita aceptación u olvido, porque se puede así consagrar una impunidad irreversible que dañaría para siempre el futuro de una sociedad.

La aprensión viene del hecho de que las Fuerzas Armadas chilenas, con ocasión de los treinta años del golpe militar, hicieron su mea culpa y se apartaron de su identificación con la época y obra del dictador. Pudieron así empezar un camino de reencuentro con un pueblo del cual fueron sus verdugos. Es de esperar que los gestos simbólicos que se hagan con ocasión de la muerte del dictador, quien si bien fue nombrado Comandante en Jefe del Ejército traicionó y denigró el honor

de las instituciones que juró respetar, no las aparten de este camino.

La esperanza, muerto Pinochet, es, por un lado, que la historia que se enseñe a las nuevas generaciones **lo saque de las figuras oficiales** y lo muestre en todo su horror. En ello, el gobierno, el Parlamento y las instituciones espirituales e intelectuales tienen la responsabilidad mayor. Por otro lado, que instituciones como el Poder Judicial y actores como la derecha chilena, rompan su vinculación con la figura y acciones del dictador y cumplan, aunque tardíamente, su papel de instituciones y actores democráticos.

*Sociólogo de la Universidad de Chile

<http://www.clarin.com/diario/2006/12/11/elmundo/i-02904.htm>

IMPRIMIR

Copyright 1996-2006 Clarín.com - All rights reserved